

# DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

## REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. PABLO CAVESTANY

EL DÍA 20 DE ENERO DE 1946



BARCELONA

1946

# DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

## REAL ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE BARCELONA

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DE

D. PABLO CAVESTANY

EL DÍA 20 DE ENERO DE 1946



BARCELONA

1946

**DISCURSO**  
DE  
**D. PABLO CAVESTANY**

**EL «CANTO ESPIRITUAL», DE MARAGALL**



Señores Académicos:  
Señoras y Señores:

Es norma, casi obligativa, que las primeras palabras de esta clase de discursos sean la expresión de la gratitud de quien las pronuncia hacia quienes le han dado, con su benevolencia, obligada ocasión de pronunciarlas. Yo haré lo mismo. Pero... entendámonos: no por respeto a la costumbre ni siquiera por respeto a la obligación; sino por rendir homenaje a la verdad: a la gran verdad de mi agradecimiento. Dice un antiguo filósofo que el beneficio no consiste en lo que se da, sino en la voluntad de quien lo da. Lo que se ofrece a la vista no es el beneficio, sino la señal del beneficio. Y por eso lo que yo más os agradezco a todos vosotros no es la dignidad de académico, sino que os hayáis dignado dárme-la.

Fué mi antecesor en el sillón que me habéis destinado, don Juan Perpiñá y Pujol, barcelonés ilustre por muchos motivos, pero sobre todo, a mi entender, por uno: porque supo que no sólo de pan vive el hombre. Esa sabiduría, que presienten muchos, es, sin embargo, poca cosa en el que se limita a conocerla. Lo meritorio y raro de don Juan Perpiñá fué que, convencido de la verdad de ese precepto, ajustó a él la conducta de su vida. Se dedicó durante más de media centuria a las actividades mercantiles, en las que destacó notablemente; pero no siéndole fácil encontrar en éstas la emoción estética, y siéndole difícil vivir sin ella, la buscó fuera de las vías comerciales, saliéndose por los

campos anchos y floridos de la Literatura, que cultivó con absoluto desinterés y desconectado de toda ambición subalterna. Es curioso, pintoresco y sobre todo plausible, que un experto en los problemas del comercio de exportación e importación, un técnico de las cuestiones económicas, fuese diestro también para ofrecernos hábiles traducciones de Schiller, de Shakespeare y de Goethe. Quiere ello decir que no fué un simple aficionado a la Literatura, que no se contentó con ceder a ésta las sobras de su tiempo mercantil, sino que repartió, prudente, su vida entre lo material y lo que debemos al espíritu. Bien hizo en traerle a su seno esta Corporación, en la que ingresó el 15 de junio de 1930. Quizá con ello esta Real Academia quiso, más que galardonar al escritor, premiar al hombre a quien el tonelaje de los navíos mercantes o las importaciones de algodón no le impidieron desestibar, para ofrecérselas a sus compatriotas, esas otras mercancías geniales que encontró en las bodegas de «Guillermo Tell», de «Coriolanus» o de «Jeri und Bätely». Premióse en don Juan Perpiñá y Pujol al ciudadano que no quiso vivir sólo de pan.

Quando, por su muerte, me llamasteis a mí para ocupar la vacante dejada por él, gocéme al considerar que iba a presentármese ocasión de rendir, en la parva medida que me era dable, un homenaje a vuestras Letras. Mi condición castellana no me permitió ni siquiera dudar acerca del tema de mi discurso de ingreso en vuestra Academia; éste había de versar sobre un escritor catalán. Y evocando los muchos que enaltecen vuestro parnaso, fuésemese derecha la voluntad hacia vuestro excelso Maragall. Dime al punto cuenta, sin embargo, de lo ambicioso que sería mi intento de abarcar la muchedumbre de su obra en la poquedad de mi discurso. Y limité entonces mi propósito a uno solo de sus géneros literarios. Sus ensayos, o sus epistolarios, o sus poesías, o sus elogios, o sus artículos periodísticos, brindaban, en su singular carácter, sobrado campo a mi aspiración. Pero era tan sobrado, en efecto, que me asustó su amplitud. Y reduje entonces mi proyecto al comentario de una sola de las obras de uno de sus géneros: a la crítica de una de sus críticas, al elogio de un «elogio», etc. Mi filiación poética arrastróme hacia sus poesías. Ya no me faltaba más que optar por una de ellas. ¿Pero cuál? ¡Difícil elección! Por fin abordé en el «Canto espiritual». Y cuando ya había echado el ancla en ese fondeadero, tentado estuve de

dedicar mi discurso, no a esa composición, sino a uno solo, a uno cualquiera, de los versos de ella. Con este largo preámbulo, quiero declarar cuánta es la enjundia, la densidad y la apretada substancia de la obra de Maragall.

Se pregunta el poeta en estos versos *qué más se nos podrá dar en el otro, siendo este Mundo tan hermoso ya, mirado a través de la paz del Señor*. Es ésta una de las exclamaciones más bellas, originales y atrevidas que haya lanzado un poeta creyente.

*¿Qué más nos podrás dar en otra vida?*

Maragall hace de esta terrenal, por sí sola, una vida paradisíaca o de la Tierra un Cielo. Que esto lo dijera un poeta pagano, sensual o epicúreo, no fuera extraordinario. Su trascendencia está en que lo diga un poeta creyente. Este poeta, en efecto, antes de lanzar ese bellissimo tercer verso de la composición, ha echado a volar el segundo, que aun es quizá más bello:

*visto con vuestra paz en la mirada.*

Hace, pues, depender Maragall la hermosura de la imagen del Mundo en nosotros de que esa visión se produzca a través de la paz del Señor sentada en el umbral de nuestros ojos. Y así sus versos, no sólo están limpios de un materialismo que algunos han querido imputarles, sino que se ajustan a la más perfecta ortodoxia y se inspiran en la espiritualidad más pura.

Verdaderamente, esta obra del Mundo que contemplamos atestigua la divinidad de su divino Artífice. No es maravilla que la exquisita sensibilidad de nuestro poeta se extasie ante ella en esos términos. Mas para llegar a poner en duda que se nos pueda dar algo mejor aún en la otra vida, menester es que en la pupila de un poeta creyente haya algo más que la emoción causada por la belleza de lo que contempla. Ese algo inmenso es, en Maragall, nada menos que *la paz del Señor*. Reina en él esa paz, y el hombre bajo su imperio se hace, él mismo, palacio o morada de Dios. No es mucho que los ventanales de semejante mansión se abran sobre perspectivas y panoramas insuperables, por su belleza, ni aun en la otra vida.

Maragall declara creer en la dicha venidera, aunque no se explique en qué pueda consistir. Y cree además que le está reservada. Es decir, cree y espera. Pero si mira el mundo a través

de la paz divina, es porque ama esa paz y, por consiguiente, a su fuente, que es Dios. Cree, espera y ama. Mas cuando después de la explosión de entusiasmo del primer verso del poema:

*Si este mundo, Señor, es ya tan bello,*

se pregunta qué se le podrá *dar todavía más* en otra vida, confiesa que el sentimiento dominante en él es el de la gratitud y que de esta gratitud proceden su fe, su esperanza y su amor.

Aquí, señores, creo yo que está la primera lección que nos ofrecen estos admirables versos; porque, si no insólito, es en verdad poco frecuente entre los hombres este sentimiento de gratitud hacia el Creador por el regalo del Mundo que nos ha hecho. Son muchos, sin duda, los que agradecen a Dios —aunque global y rápidamente— sus beneficios; pero este beneficio concreto de la belleza del Mundo se lo agradecen pocos, aunque es quizá el mayor de todos; porque siendo el más inmediato y perenne testimonio de su grandeza, de su poder y de su liberalidad, es el que más directa y continuamente, con que sólo tengamos abiertos los ojos corporales, puede encender nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor. Admiradores del Mundo hay muchos, pero ¿son tantos los que al contemplar los campos, y los mares, y las primaveras, y los soles de otoño, agradecen la posesión de todo eso? Es curioso que de ordinario —con demasiada ordinarietà espiritual— agradezcamos más la posesión de una casa que la posesión del Mundo.

Dice Séneca, en quien siempre creo, «que no hay, entre todas, cosa mejor que la de ser agradecido; que la materia de la gratitud es tan grande, que viene a tener la misma latitud que la vida». Luego si este sentimiento es el mejor de todos, natural parece que su contrario sea el más vil. Y por serlo tanto, quiero suponer que no todo en el desagradecimiento puede ser pecado, sino que forma parte de su ser la ignorancia. Es curioso y significativo que la gratitud tenga también por nombre «reconocimiento». ¿No querrá ello decir que, casi siempre, el reconocer implica agradecer? Pero ¡cuán pocas veces reconocemos, esto es, examinamos con segura atención y diligente cuidado lo que nos rodea y poseemos; qué raramente registramos y miramos por su frente y por sus flancos y por sus entrañas las cosas para bien comprenderlas o para rectificar nuestra primera impresión acerca de ellas; cuán difícilmente, sobre todo, conocemos y volvemos



a conocer que la mayoría de las cosas que nos circundan y acarician no nos son debidas, sino que constituyen inmerecida dádiva! Y como nos falta reconocimiento, nos falta su equivalente gratitud. Maragall era un entusiasta del Mundo porque era un agradecido. Era un agradecido porque era un reconocedor. Quizá este sentimiento le llevó a escribir su famoso «Canto espiritual»; quiso gritar y publicar la merced recibida para pagarla en parte; acordándose tal vez de lo que Don Quijote decía al canónigo: el agradecimiento que sólo consiste en el deseo es cosa muerta, como es muerta la fe sin obras.

Sin embargo, acaso ignora Maragall qué es lo que más admira; si el mundo exterior a él o sus propios sentidos capaces de infundírsele dentro del alma. Explicable incertidumbre, porque efectivamente se trata de maravillas parejas. *¿Con qué otros sentidos me haréis ver* —exclama bajo su preocupación del más allá—,

*este gran cielo azul sobre los montes,  
y el mar, y el sol que por doquiera brilla?*

Ya aquí no se pregunta qué espectáculo mejor le podrán dar en la otra vida, siendo ya el de ésta tan hermoso; sino que, como reconociendo que esa belleza no podrá ser superada, y vislumbrando al mismo tiempo que ha de haber algo aún más perfecto y acabado, deduce que esa mayor perfección tal vez esté después en nuestros sentidos, que abarquen y comprendan mejor lo que a ellos llegue. Pero aun esto le parece casi imposible y sobre todo innecesario para saciarse más; y pide a Dios que le dé en sus actuales sentidos la perdurable paz y no querrá otro cielo sino éste de ahora, azul.

¿Qué le basta, pues, a nuestro poeta para ser feliz, pero no feliz a secas, sino en tal medida que no quiere ni acaso puede aspirar a más? Le basta la hermosura del Mundo, el portento de los sentidos y la paz del Señor. Y esto ¿cuánto representa? Mucho sin duda; mas para la mayoría de los hombres muy poco. De aquí, la segunda gran enseñanza que el poema nos brinda. A la cuenta de nuestra ingratitud tenemos que añadir la de nuestra ambición. Son contadísimos los seres que se contentan con el enorme bagaje de esos tres regalos. Maragall no sólo se contenta, sino que con ellos colma, sacia y hace rebosar su capacidad de dicha. La actitud del poeta no es —y de aquí la originalidad del aviso— la del estoico que encuentra en la práctica del deber, por

la fortaleza de su ánimo y el dominio sobre sus sentidos, la razón de su felicidad, ni la del asceta que la halla en la renuncia de todo por Dios; no. Maragall pone a la virtud como condición de su dicha, pero es dichoso, con ella, por el don que ha recibido y usufructúa. Y este regalo, señores, no es una bicoca: es, nada menos, que la hermosura del Mundo. Si ésta no solamente no nos colma sino que las más de las veces nos pasa inadvertida, se comprende que seamos insaciables; porque si lo más no nos llena, ¿cómo podrá llenarnos lo menos? Somos insaciables, no porque nunca acabemos de colmarnos, sino porque ni siquiera empezamos. Somos insaciables, no porque tengamos una gran capacidad que llenar, sino porque lo mejor de lo que nos llega resbala sobre nosotros sin quedársenos dentro. ¿Quién se hartará con el amarillo del oro o lo rosado del placer si ni se da cuenta del azul del cielo?

Pero Maragall, que es tan feliz con la vida, exclama:

*¡temo tanto la muerte!*

Y esta confesión del poeta, que se siente orgulloso de sus ojos y de su corazón, parece echar por tierra todo lo demás. Porque ese gran miedo a la muerte es incompatible con la dicha que trasciende de los otros versos de su «Canto espiritual». ¿Cómo pregunta Maragall qué se le podrá dar, más que en ésta, en la otra vida, siendo ya la de aquí tan hermosa y perfecta? La respuesta, después de oír su declaración, es obvia; se le dará, por de pronto, en la otra vida lo que confiesa que le falta en ésta: la seguridad de no perderla. Se le dará la cesación de su temor a la muerte. Si la muerte nos causa horror —dice Montaigne— ¿cómo es posible dar siquiera un paso adelante sin fiebre ni tormentos? Pues si es imposible darlo sin martirio ni calentura, mucho más lo será avanzar lleno del venturoso éxtasis que a Maragall le produce la contemplación del Mundo. Difícil parece que podamos gustar tanto una vida cuya pérdida tanto nos espanta, cuando es precisamente esa delicia la madre y causante de este horror; muy otro sería nuestro valor si lo que íbamos a perder nos fuera decidida y totalmente adverso. Débil amistad tiene que ser la que sabe que en plazo breve ha de romperse. Corresponde deleitarse en el espectáculo de la vida a los que no temen a la muerte, porque en éstos el miedo no estorba al placer. Y este placer de vivir viene a ser entonces un premio al valor. Otra cosa ocurre cuan-

do lo que gustamos no es decisivamente perdible como la Naturaleza que nos rodea; por ejemplo, nuestros seres queridos. Respecto a éstos el temor de perderlos no puede disminuir nuestro goce en ellos, porque sabemos que su pérdida es pasajera y volveremos a encontrarlos. Además, siendo ellos carne de nuestra carne o alma de nuestra alma, su ausencia supone la ausencia de un trozo de nosotros mismos, y ese trozo que se nos va, se va con ellos. Si, como dice Cicerón, consideramos la muerte como un puerto feliz que nos espera, podremos —navegantes— gozarnos en la deliciosa bonanza del mar que surcamos; mas si tememos que lo que nos aguarda es un acantilado contra el que se estrellará nuestra nave, no habrá para nosotros posible goce, aunque la bonancible delicia del mar sea la misma.

Hay, pues, desacuerdo entre las dos fundamentales declaraciones que hace el poeta en su famoso «Canto». Y no cabe alegar que puedan obedecer a distintos estados de ánimo, es decir, que alternativa e independientemente piensa Maragall en el placer de la vida y en el dolor de la muerte, porque lo que nos dice es que precisamente porque sus sentidos son capaces del prodigio de percibir la maravilla del Mundo, es por lo que teme tanto morir. Pero escuchad lo que añade diez versos más adelante:

*¿No será la vida otra cosa  
sino la sombra del tiempo que pasa;  
la ilusión de lo lejano y lo próximo;  
el balance engañoso  
de lo mucho, lo poco y lo excesivo?  
¡Qué más da! Sea como sea este mundo,  
tan diverso, tan extenso, tan temporal;  
esta tierra, con todo lo que en ella nace,  
es mi patria, Señor: ¿y no podría  
ser también una patria celeste?*

Maragall poeta ha cedido la palabra a Maragall filósofo. Ya el mundo no es belleza pura. Ya no es dable argüir que el elogio ilimitado que el maestro hace del Cosmos es hijo de su exaltada sensibilidad poética. El pensador sereno duda de si la vida no será más que un balance engañoso, una ilusión, una sombra. Pues bien: aunque así sea, lo mismo le da. Este Mundo, perfecto o no, es su patria, exclama el hombre. Y de tal modo le subyuga, que sospecha si no podrá ser también la patria prometida. Pero

sabemos que los días de su vivir no fueron con Maragall más generosos que los de otro cualquiera; ni las satisfacciones de la opulencia, ni los halagos del poder, ni las caricias de la suerte, se llegaron a él, deslumbrándole; tuvo, como todos los hombres, luchas, amarguras y lágrimas. Y, sin embargo, le subyugaba su patria terrena hasta el punto de no desear otra mejor para patria definitiva. ¿Qué quiere decir esto? Pues que ese placer de la vida de que antes hablábamos y que le hace exclamar al poeta que no comprende que pueda haber otro mundo más que este hermoso, no es placer sino amor, o en todo caso placer del amor. Lo que rezuma el alma de Maragall no es admiración hacia una belleza que quizá no sea más que una «ilusión» o una «sombra», sino amor cósmico. Sea como sea el Mundo —¡qué más da!—, le atrae irresistiblemente; lo ama. Ahora nos explicamos lo que antes no comprendíamos; ya no se trata de la incompatibilidad de júbilo y miedo. Entre el amor a la vida y el miedo a la muerte no hay desacuerdo. El poeta se extasia ante la belleza del Mundo y es feliz con ella hasta el punto de no apetecer otra mayor. El filósofo duda; quizá esa belleza no es más que una ilusión, una sombra. El hombre, sea lo que sea este Mundo, realidad o ilusión, lo ama y teme perderlo con la muerte. Y es el hombre, el amador, quien le hace confesar este miedo al poeta, que no hubiera podido decirlo por su cuenta sin desdecirse. Y que lo dominante en Maragall es este amor cósmico más que una admiración epicúrea —si bien justificada dada la belleza divina del objeto—, lo demuestra el título que puso a sus estrofas: «Canto espiritual». Era un canto del espíritu y no de los sentidos. Aunque si los sentidos son los caminos del placer, el placer puede ser camino del amor. Quizá en Maragall, de su placer cósmico nació su amor al Mundo.

Es curioso, y lamentable al mismo tiempo, que los demás nos intereseamos tan poco por este Mundo que tanto extasiaba a Maragall y que es obra de Dios, y en cambio dediquemos nuestros afanes a esos otros mundos subalternos que están dentro de aquél y que son obra nuestra. Muchos se inquietan por el «mundo de los negocios», otros por el «mundo del teatro», demasiados por el «mundo deportivo» y algunos por ese otro pequeñito que llaman el «Gran mundo». El único «mundo» que a casi nadie le preocupa es el Mundo.

No valdría quizá la pena de insistir tanto sobre este deleite que a Maragall le producía la contemplación del Universo, si eso acabara ahí; en el hechizo que en un ser humano produce la visión

de la obra divina. Pero a lo que yo quiero ir a parar es a que precisamente ese ser humano es Maragall. O más claro todavía: a que Maragall fué Maragall porque contempló el universo con esa fruición. «¿Luego...?», diréis. Sí, sí; eso quiero decir: que cuando nos deleitamos en esa contemplación ya somos poetas, aunque no hagamos versos; y cuando somos poetas, lo somos todo; o por lo menos somos lo más importante que se puede ser. Ya veis si está justificada la insistencia. Pero, naturalmente, para deleitarse con la vista de una cosa, lo primero que hay que hacer es mirarla. Maragall miró, admiró y fué poeta. Y no vale decir que sucedió al revés, que porque era poeta fué capaz de comprender y gustar en tal alto grado la obra creada. Eso casi sería blasfemar; sería decir que el Creador no hizo su obra para todos; que privilegió a algunos haciéndoles, sólo a ellos, capaces de admirar su maravilla. Yo no sé en qué época escribió vuestro poeta —nuestro poeta— su «Canto espiritual», ni me importa saberlo; porque sé con seguridad que, aunque lo escribiera al final de su vida, la admiración que arde en su versos la tenía desde el principio. También me da lo mismo que pueda haber otros caminos más difíciles que lleven a la esfera de lo trascendente y absoluto. Me basta en este momento con saber que éste lleva y que no llevan esos círculos a que antes aludí y otros semejantes. Por un círculo no se va a ninguna parte que no esté en él.

Maragall fué un perfecto paradigma de espiritualidad. «Sólo el espíritu vive siempre y resplandece, y todo lo demás es sombra.» Fué un acabado modelo de sensibilidad exquisita. «Puedo amarlo todo, ¡qué alegría!» Y como tuvo bien abiertas la retina del ojo y las retinas del alma, pudo deleitarse mucho. Su «Canto espiritual» viene a ser uno más de sus famosos *elogios*, quizá el mejor de todos. En éste, el tema a elogiar era tan grande y bello que empleó para ensalzarlo la forma más bella, también, del lenguaje: el verso. Un espíritu que así sentía la necesidad de elogiar era, naturalmente, un espíritu que estaba encantado con una porción de cosas y que quería prolongar su contacto con ellas. Por eso se sorprende de que pueda haber alguien

*que no le diga «párate» a ninguno  
de los momentos de la vida, excepto  
a aquel momento que le trae la muerte.*

Y prorrumpe en aquella magnífica exclamación, en aquellos dos sublimes versos que no soy digno de traducir:

*jo, que voldria  
aturar tants moments de cada dia  
per fè'ls elerns a dintre del meu cor!...*

Sublime, sí, esta dulce queja que es, ella sola, todo un poema de admiración y de entusiasmo. El poeta se pasma de que haya quien no sienta el deseo de detener ninguna de las horas del vivir, cuando él quisiera frenar y eternizar tantos momentos de todos los días para que nunca se acabaran. Notemos bien que dice «tantos momentos», es decir, tantas ocasiones; y no de algunos días, sino de «cada día». Nos declara que para él los motivos de goce vital son diariamente innúmeros. Tercera advertencia que nos filtran estos famosos versos: ahora no se trata ya de nuestra ingratitud ni de nuestra ambición, sino de nuestra miopía para darnos cuenta de lo que hay en nosotros y junto a nosotros. ¿Cómo hubiera podido Maragall escribir esos dos versos si sus motivos de placer se redujeran a los que tienen por tales la mayoría de los hombres? Pero, además: ¿nos contentaríamos con no frenar el curso de las horas? Generalmente, no; a la mayoría de ellas deseáramos poder empujarlas para que corrieran más. Y nótese la dos veces funesta significación que esto tiene; expresa dos locuras a un tiempo: la de considerar adversa o estéril la hora presente y la de creer que la próxima será mejor para nosotros, que tampoco sabremos comprenderla. No advertimos que lo que no nos gusta de la hora actual es, precisamente, su actualidad, y no alcanzamos a ver en la frente de las horas futuras la amenaza de actualidad con que avanzan hacia nosotros. Por lo mismo que concedemos tan poco cariño y cortesía al momento actual, ponemos con sobra esos afectos en el momento que se avecina. Como si sospecháramos que, a pesar de todo, la Vida merece cierta consideración, que podremos ofrecerle luego, ya que ahora se la negamos.

No se trata, sin embargo, de renunciar a la esperanza. La esperanza es una necesidad del hombre; es el licor divino que engrasa y alimenta todo el mecanismo de nuestras determinaciones; es el estímulo que nos mueve. Mas por ser tanta la fuerza de este impulso, hemos de cuidar de no ponerle obstáculos donde se estrelle. Y el inmediato mañana de cada día viene a ser para la

esperanza una pared maestra atravesada en su camino. La esperanza se hace polvo y lágrimas al encontrarse sólo con eso. Pero no porque eso sea poco, sino porque ella es demasiado para saciarse con eso solo. De aquí las consabidas quejas contra la esperanza, a quien tachamos de engañosa, falaz y mentida. Estos lamentos nos los evitaríamos, no morigerando nuestras esperanzas, sino dándonos cuenta de que lo que ellas encuentran cada día es precisamente eso, la delicia de un nuevo día, y no un escollo duro incapaz de darles reposo y hartura. Pocos desengaños tendrá la esperanza que para mañana aguarde ilusionada otro día como el de hoy; porque entonces ya no especulará con incógnitas, sino con datos conocidos y por cierto hermosos. Y si alguien arguye que eso sería matar la esperanza, le diré que efectivamente tiene razón; pero eso es demasiado aspirar, porque sólo cuando la felicidad es completa y consolidada, la esperanza no tiene razón de ser y fenece.

Éste debía ser el estado de ánimo de Maragall cuando escribió estos versos ejemplares. Ese deseo de frenar las horas quiere decir que la esperanza era en él inoperante porque no necesitaba esperar nada: su dicha era ya completa y no podía ambicionar más. «Agárrate al presente —dice Goethe—; cada situación, cada momento tiene un valor infinito porque representa toda una eternidad.» ¡Cuán conforme con este consejo es la actitud de nuestro poeta!

En esta ansia suya de querer detener tantos momentos de cada día ya se descubre que el elogio que hace del Mundo en estos versos no se refiere sólo a la maravilla física en que se ve inmerso; al Cosmos cuya belleza le acaricia y deleita. Es cierto que en estas estrofas el poeta sólo se refiere de un modo concreto a lo que pudiéramos llamar la manufactura divina: el cielo azul, las montañas, el inmenso mar, el sol que splende sobre los campos, las altas estrellas temblorosas; y también a sus sentidos corporales, a sus ojos que le permiten ver estos prodigios; pero claro está que sólo eso, con ser tanto, no le induciría a querer eternizar en su corazón tantos instantes de cada día. Sólo esa contemplación material no bastaría a saciar su alma. Maragall admira el sublime escenario, pero ve y oye al mismo tiempo la función que en él se representa: la Vida. Es ésta la que le ofrece situaciones y momentos que él quisiera eternizar. ¿Para qué pasar a otra escena siendo ésta tan hermosa? Perpetuemos este punto de la representación, sin apetecer el siguiente, que no podrá ser tan bello. Vosotros los

que asistís conmigo al espectáculo, ¿no opináis como yo? ¿Queréis que pase aprisa esta situación para ver qué viene luego? ¡No lo entiendo! ¿No saboreáis el néctar de la poesía que esto tiene? ¿No advertís cuán blandamente dilatan el espíritu esas voces que llegan a él y que parece que brotan en él? ¿No os conmueve ese gesto? ¿No os subyuga ese heroísmo? ¿Y queréis que esto pase? ¡No lo entiendo! Gran maravilla, Señor, es el Mundo que nos has regalado, pero la Vida que, para llenarlo, igualmente nos has dado Tú, ¿cuántas maravillas tiene también en las breves eternidades de sus horas!

No sería tan significativa su admiración si Maragall no hubiera sido más que un poeta egregio. Un poeta es capaz de divinizarlo todo y de aquí su peligro; quiero decir el peligro en que a los demás puede colocarnos. Con su llama, que es luz y calor y purificación, nuestra credulidad debe gozarse, mas no debe jugar con ese fuego. Pero Maragall, además de poeta excelso, fué un cronista de la Vida; un técnico de ella. Se dedicó a mirarla atentamente y a estudiar sus gestos, sus latidos y sus fuerzas. Observó en ella los fenómenos religiosos, sociales, estéticos, políticos, económicos, sentimentales, históricos, humanos en una palabra y sobre todos ellos escribió multitud de serenas páginas. De modo que ese elogio a la Vida que es el «Canto espiritual» lo lanza un conocedor, un técnico, un especialista de la Vida. De aquí su trascendencia. Él lo ha mirado todo, lo ha examinado y comparado todo, ha descubierto muchos vicios y lágrimas y errores; pero ha ido haciendo, día a día, balance de lo que se ofrecía a sus ojos, y ha podido exclamar:

*Si este mundo, Señor, ya es tan hermoso...*

Se ha asomado a todas las ventanas y ha visto desfilar las alas de las ideas y las músicas de las palabras y los pelotones de los hechos. Ha vivido a todas las intemperies; y cuando se ha dejado empapar por todas las lluvias y fustigar por todos los vientos, ha gritado: ¡yo que quisiera

*aturar lans moments de cada dia...!*

Si, recelosos y corridos en lides literarias, no nos decidiéramos a creer del todo al poeta, consideremos que del hombre, archisincero ante todo, que fué Maragall, no tenemos derecho a dudar.



Pero, además: ¿hay algo en esos versos que sea sólo poesía? ¿Puede ser la belleza de sus metáforas o imágenes lo que nos conmueva, si no tienen ninguna? ¿Será su fuerza descriptiva, cuando no describen nada? ¿Dónde están aquí la ternura, la melancolía o el patetismo que hay en casi todos sus otros poemas? No. Estos versos no poseen más que la monda y lironda expresión de sus conceptos puramente humanos, sin recursos, artificios ni añadidos poéticos de ningún género. Por consiguiente, si Maragall prorrumpió en esos encomios, a los que no podemos sumar los nuestros, ello no consiste en que él fué poeta y nosotros no lo somos. Tampoco él ignoraba que muchas veces en los mares y en las almas estallan tempestades y que cae la plaga en los campos y la enfermedad en los cuerpos. Y sin embargo, habló así. Y habló como hombre. Él mismo lo dice en la estrofa siguiente a las que acabamos de meditar:

*Hombre soy y es humana mi medida  
para creer como para esperar;  
si mi fe y mi esperanza a más no alcanzan,  
¿mereceré después vuestro castigo?*

Maragall quiere dejar bien sentado que su admiración hacia el mundo y su estima magnánima de esta vida terrestre las mide y sopesa con módulos humanos y no con las medidas usadas por los poetas, los soñadores o los místicos, que suelen ser distintas de aquéllos.

Nuestro cantor, extasiado con lo de aquí, en modo alguno desestima lo de allá lejos, tan próximo:

*Más allá veo el cielo y las estrellas  
y allí, también, desearía hallarme.*

Sin embargo, el hombre, siempre el hombre, ni estoico, ni ascético, ni desdeñoso de su envoltura carnal, vuelve a sentir el miedo a la muerte:

*Si habéis hecho las cosas tan hermosas  
y si hicisteis mis ojos para ellas,  
¿por qué queréis, Dios mío,  
buscando otro porqué, cerrar mis ojos?*

Sube tanto su asombro por esta obra del Gran Hacedor que, deslumbrado, sin ver el terreno que pisa, llega a bordear el precipicio de la incredulidad:

*Si no hallaré un porqué mejor que éste.*

Pero al punto se da cuenta de su arrebató. Claro es que hay un porqué, un motivo más alto que éste de aquí abajo. Claro es que tienen que cerrarse nuestros ojos para que puedan mirar lo que no ven todavía, para que entre en ellos la Luz esencial. El poeta creyente comprende que, aunque ve tanta maravilla, le falta por ver lo más maravilloso. Aquí está, en efecto, la portentosa escenografía que cautiva tan radicalmente los sentidos; ¿pero dónde está el divino Escenógrafo? ¿Qué es la obra creada en comparación con su creador? De esa obra sólo vemos una ínfima parte; lo visible es casi nada relacionado con lo invisible, con el Universo, infinitamente universal. ¿Luego lo que ven sus ojos es poca cosa? ¡Oh, no! Por eso no pasa; con esa conclusión no se aviene. El poeta sabe que Dios es, aunque ignora dónde está. Sabe además que lo que ve es enorme y que no se explica que pueda ser, por nada, superable en hermosura. Pero al mismo tiempo comprende que a la Maravilla que ve, sin su Hacedor en medio de ella, sin que el rumor callado de sus pasos llene su contorno y sin que las auras de su aliento perfumen su ámbito, le falta lo mejor de su hermosura. Se imagina la escena abandonada de su Artífice, que está ausente y lejano, y en figuración la ve entonces fría, triste, medio muerta de desamparo. Pero esto es una ficción, una imagen de su fantasía. Lo que en realidad ven sus ojos es absolutamente bello, cálido, alegre lleno de sublime vigor. ¿Qué acontece, pues? ¿Cómo se compadecen el estar y el no estar? ¿Han de cerrarse sus ojos para ver a Dios y, sin embargo, puede encontrar el Mundo absolutamente hermoso sin Dios deambulando en medio de él? El poeta lo explica en los tres versos siguientes:

*Sé bien, Señor, que sois; mas ¿dónde esláis?*

*Cuanto contemplo en mí se os parece.*

*Dejadme, pues, creer que esláis aquí.*

En la belleza cósmica que admira Maragall se irisa la presencia de Dios y por eso la encuentra divina.

El poeta va a terminar su Canto. Este final le evoca el suyo propio y vuelve a pensar en la muerte. ¿Filosofar, no es pensar en morir? Pero ama tanto a la vida que le espanta dejarla. El miedo al misterio hace temer otra vez las cuerdas de su lira.

*Y cuando llegue la hora tan temida  
en que se cierren mis humanos ojos...*

Las últimas palabras han de ser, sin embargo, un grito de esperanza, de pura fe mística. El poeta ya no piensa en la belleza de nuestro Mundo, ni aspira tampoco a gozarse en la contemplación de los aun mejores panoramas empireos. Sabe, a pesar de lo que ha clamado anteriormente, que hay más, mucho más que esto. Ya no se contenta con menos que con Todo. Es decir, con que sus nuevos ojos vean a Dios.

*...abrid en mí, Señor, otros más grandes  
para que vean vuestra faz inmensa.*

Y como su pequeño nacer terrenal, que le permitió contemplar tantos prodigios, no fué capaz de dejarle admirar la Maravilla Suprema, pide a Dios que para él

*sea el morir, otro nacer más grande.*

Éstos son los versos famosos con cuyo pobre comentario he querido yo en este día, solemne para mí, rendir homenaje a uno de vuestros mejores poetas; quiero decir a uno de los más grandes poetas españoles contemporáneos.

Seguramente todos los conocíais. Pero es probable que no todos hayáis dedicado alguna vez siquiera la mitad de una hora a meditarlos. ¡Y cuánto lo merecen! Yo he leído pocas poesías— y he leído bastantes— en que la inspiración cale tan hondo, en que la métrica haya vestido pensamientos de tan primera magnitud. En sólo cuarenta y cinco versos, que son una página de letra impresa, toca su autor los problemas más trascendentes: la vida y la muerte, la hermosura del mundo, el enigma del tiempo, el goce de vivir, la incógnita del más allá, el portento de los sentidos, la eficiencia de la gracia divina en nosotros, el resumen de todo en el anhelo de ver la faz de Dios.

Retocando el viejo refrán español que pregona irónicamente que el valer y mérito de los hombres vienen dados por las riquezas que poseen, podríamos decirle, a la obra literaria, con verdad y sin ironía: «Tanto sugieres, tanto vales». Y siendo esto así, el valer del «Canto espiritual» debe ser mucho, cuando tantas sugerencias nos infunde.

Maragall —y con él otros muchísimos hombres más de todos los tiempos— vió la Naturaleza y la Vida con optimismo, sin caer en las simas del odio, ni en el culto de la tristeza, ni en las redes de la ambición, ni en la voluptuosidad de la quejumbre, ni en la urgencia de los pequeños goces, ni en la idolatría del dinero, ni en las gradas de la vanidad, ni en los hielos de la ingratitud, ni sobre todo, y esto es lo más importante, en el olvido de lo que ya tienen, en el desprecio de lo que inmerecidamente usufructúan, en el desconocimiento de lo que representa la enormidad de los regalos que Dios nos ha hecho con esta Naturaleza que vemos y con esta Vida que vivimos. En cambio, los demás hombres que encuentran desmesurado o falso ese elogio del Mundo que es la poesía que hemos comentado, miran la Vida y su escenario a través de estos velos, y naturalmente los ven de modo distinto. Las gafas ahumadas pueden llevarse sobre las narices o en el bolsillo; pero nunca a horcajadas en el corazón.

Yo creo, señores, que, si lo pensamos despacio, llegaremos todos a la conclusión de que el Mundo y la Vida están muy bien, realmente. Los que estamos mal, somos nosotros.

Pero acabo de pronunciar una palabra terrible que me crea, cuando iba a terminar, un problema tremendo. Ahora temo que se me derrumbe encima todo el edificio de mi discurso. Porque ¿qué es cada uno de nosotros?... El más hondo de nuestros pensadores actuales, lírico arquero mágico, dice: «Yo soy yo y mi circunstancia»; «vivir es convivir con un contorno». Quiere decirse que cuando mi circunstancia cambie, como ella es una parte de mí, yo, esto es, mis pensamientos, cambiarán también. Cuando mi contorno se haga diferente, mi convivencia con él, que es en lo que consiste mi vida, o sea mis ideas, se modificarán igualmente. Ahora bien: las circunstancias o contornos vitales del hombre europeo ¿son las mismas hoy que hace cincuenta años? Indudablemente, no. El panorama del Mundo en esta hora, sus paisajes espirituales —y hasta muchos de sus paisajes físicos— todos veis cómo son. No es menester que yo me detenga a describir su desolación. Baste con decir que no predisponen al optimismo. Y por-

que ello es así, vemos emerger del fondo de nuestra curiosidad, la figurilla burlona y procaz de una sospecha: ¿hubiera Maragall escrito hoy su «Canto espiritual»?

Señores: ni yo puedo contestar a esta pregunta, ni tenemos aquí a nuestro poeta para que la conteste. Pero pues eché mano de altas definiciones que me trajeron a este trance difícil y puntiagudo, permitidme que me apoye un momento en ellas para tratar de salir de él. Si es cierto que «vivir es haber caído prisionero de un contorno inexorable», no es menos verdad que la intención y el afán de todo preso giran en torno a la evasión. Ésta tenemos que buscar nosotros. Pero téngase bien en cuenta que evadirse es próximamente lo contrario que desentenderse del contorno. ¿Cómo podrá el preso, para fugarse, desentenderse de la rejá, del muro o de la alambrada que le aprisionan? Lo que no hará seguramente es aumentar el grosor de sus barrotes, ni el espesor de sus paredes, ni los eslabones de sus cadenas. Y esto, en cambio, es lo que hace el hombre con su circunstancia cuando ésta le es adversa. Se deja sorber por ella. El contorno le chupa, le va desangrando de su yo, y le hace cada vez más su esclavo. Aquellos velos de que antes hablé y que no nos dejan ver con nitidez los sublimes perfiles de lo creado, se tupen, aprietan su malla y todavía nos permiten ver menos. El pesimismo, el odio y la tristeza aumentan en nosotros; nuestra musculatura moral, sorbida de su jugo, se enflaquece; la ambición, que teme verse atacada, se torna más áspera; la vanidad que perdió su escabel lo reclama a gritos; la quejumbre se hace más llorona; el ansia de los pequeños goces amenazados de escasez, se hace más urgente; la ingratitud más descarada; y sobre todo el olvido de lo mucho que todavía nos queda se hace mayor. De este modo no sólo no nos evadimos de la circunstancia, sino que aumentamos la solidez de nuestra prisión. Y como cada uno de nosotros es, a su vez, circunstancia de los demás, todos nos hacemos, recíprocos, cárcel del prójimo. ¿Quién podrá desvestirse echándose más ropa encima? El agua que frota sobre la estalactita, en lugar de limpiarla o disolverla la hace más grande. El hombre, en ciertas crisis del vivir, en lugar de desentenderse de su circunstancia, que le es infiel, se dedica a no entenderse con ella. Ciertamente que lo primero no es fácil; no se desentiende uno así como así de su enemigo ni es siempre posible abrirse paso a través de sus filas en lucha cuerpo a cuerpo. ¡Y sin embargo tenemos que evadirnos!

Si es muy cierto que el hombre es prisionero de su circunstancia inexorable, hasta el punto de formar un todo con ella, como forman parte del mismo círculo su centro y su perímetro, también es gran verdad que ese hombre, ese centro, ese yo, es a su vez cárcel y envoltura y contorno del núcleo interior del alma. Éste, al que los místicos y teólogos llaman también *intimo* y *sumo* y *hondón* y *ápice del espíritu*, es «la simplicísima esencia del alma sellada con la imagen de Dios». Es lo más interior y secreto de ella, donde no hay imágenes de cosas criadas sino sólo la del Criador. Es de este centro último, divino y esencial, del que nos dijo Cristo: «Mi reino, dentro de vosotros está». Ese reino «semejante a un tesoro oculto en el campo, que cuando lo halla un hombre, lo esconde, y por el gozo de ello va, y vende cuanto tiene, y compra aquel campo». Estas palabras evangélicas nos dicen que ese centro del ánimo es cosa muy oculta y desconocida para casi todos; que ese tesoro escondido son pocos los que lo encuentran. Y siendo esto así, claro está que nada tiene que ver con el yo cotidiano y patente a cada uno que está en contacto y lucha perpetua con su circunstancia. Y hay tanta distancia entre ese yo humano y su contorno —que puede ser material como los glaucos mares o los amarillos campos o los azules cielos— cuanta hay entre él y ese íntimo o ápice del espíritu que es puramente divino. Hay tanta distancia cuanta va de lo que es *yo* a lo que es *ÉL*. Ese centro intrínseco del alma es en todo simple, y en él no puede haber multiplicidad porque es pura unidad; de suerte que para él no cuentan los gestos del mundo, ni pueden alterarlo los gritos de apoteosis o de catástrofe de la Vida.

Pues bien, señores; la evasión a que yo he querido referirme es ésta; hacia esto. No es una evasión de dentro afuera, sino de fuera adentro. O de dentro a más adentro todavía. Si no podemos evadirnos a través de la cárcel de nuestro contorno inexorable, hacia el yo exento, escapémonos, a través de nuestro ser, hacia el *hondón* o *sumo* que está en el centro de él, para los que saben encontrarlo, y donde nuestro yo humano se diluye para hacernos, según la Sabiduría, dioses. Las dos distancias son largas. Las dos evasiones son difíciles. Pero el primer carcelero es inexorable y el Otro... está de nuestra parte.

¿Hubiera hoy Maragall escrito su «Canto espiritual»? ¡Qué más da, si, evadiéndonos, podemos escribirlo cada uno de nosotros! ¿Qué hizo él para ver el mundo como lo vió? Ya nos lo dice en el segundo verso: tener la paz del Señor en los ojos. Con ella

todos seremos cantores espirituales. Seremos poetas. Seámoslo no sólo para comprender y admirar la hermosura del Mundo, sino también cuando se nos muestre duro y seco lo circunstante. Ser poeta es llevar una antorcha encendida en el espíritu. Y esta antorcha es tanto más necesaria cuanto más oscuro y difícil es el camino.

He dicho.

**CONTESTACIÓN**  
**DE**  
**D. RAMÓN MIQUEL Y PLANAS**



Señores Académicos:

Cuando, hace ya más de dos siglos, se pusieron de acuerdo algunos próceres barceloneses para reunirse periódicamente con el fin de comunicarse unos a otros el fruto de los estudios a que cada cual por su parte venía aplicándose, quedó de hecho fundada esta Real Academia de Buenas Letras. Historia y Literatura, en términos generales, constituyeron los dos polos del eje en torno al cual giraron desde el principio las actividades académicas; y en la misma forma ha seguido ocurriendo durante esos doscientos años, pasando por vicisitudes diversas, que no han logrado en ningún momento desviar a la Corporación de los fines que a la misma atribuyeron sus egregios fundadores.

Recorriendo los anales de la Academia se advierte un hecho digno de atención: el constante predominio numérico de los historiadores sobre los literatos en las filas de la docta cohorte: arqueólogos, epigrafistas, heraldistas, numismatas, bibliógrafos, investigadores y eruditos en todos los órdenes del saber histórico, han sido las más de las veces los llamados a formar parte de la Academia. También las Letras han aportado a ella su contingente de filólogos, de eruditos y de estudiosos. Pero los individuos cuyo atributo esencial fuese la pura creación literaria, o sea el ejercicio de las letras como manifestación emotiva o estética, a quienes deberíamos definir como artistas del lenguaje, han sido constantemente los menos en número.

La llegada a la Academia del señor don Pablo Cavestany en las actuales circunstancias constituye un refuerzo, que ya parecía necesario, para el exiguo grupo de nuestros componentes a quienes puede cuadrar en primer término el título de literato,

o de poeta, si queréis, como más expresivo. En efecto, el señor Cavestany, cuyo nombre es justamente reputado en nuestros medios literarios, cuenta en su haber bibliográfico con ocho volúmenes en los que se nos manifiesta poeta de delicada inspiración, pensador ingenioso, novelista y comediógrafo. Voy a deciros algo brevemente sobre cada uno de esos aspectos.

*Madrigales y Collar de Armonías* son los dos libros en que se recopila la obra poética del señor Cavestany. Data el primero del año 1919 y el segundo del 1941, si bien hay que considerar contenida en aquél toda la producción juvenil del poeta. Éste define además en él sus principios literarios a la vez que nos revela algunas circunstancias personales, de utilidad para ayudar a juzgar su obra. Cavestany se nos muestra como un respetuoso a la par que habilísimo cultivador de las fórmulas clásicas; sus versos son correctos siempre, no infringen jamás las leyes de la versificación. En sus temas y desarrollo son a menudo un tributo a la tradición poética castellana tomada de manos de los escritores centropeninsulares del siglo xix. Una nota personal de exotismo, efecto de una larga residencia de nuestro poeta bajo muy lejanos climas, añade un especial interés a ese tomo de *Madrigales*.

En el *Collar de Armonías* amplía Cavestany sin limitación su riqueza temática y llega en la realización a los lindes mismos del simbolismo. Es, pues, Cavestany un poeta completo y, en muchas ocasiones, un excelente poeta.

Un segundo grupo, formado por los tres volúmenes cuyos títulos son: *El Paraíso encontrado*, *Los casados imperfectos* y *La Mancha de Don Quijote*, constituye la parte de la obra del señor Cavestany que nos lo muestra como pensador, o, si se quiere, como *ensayista*, aplicándole ese calificativo de procedencia exótica y que en español no tiene un equivalente exacto. Por las maneras en que se produce Cavestany podría aplicársele el título de escoliasta o de comentarista.

Un fondo de humorismo irónico transpira de sus divagaciones; y a veces la forma dogmática y contundente revela que el pensador se apoya en principios cuya solidez es patente para él. Su fe religiosa le coloca en oposición abierta con los satíricos de la escuela de Voltaire. Cavestany es un militante de la fe de Cristo. Toda su producción literaria lo acredita.

Constituye grupo por sí sola, con el título de *El pecado blanco*, una comedia en tres actos que, según consta, se vió puesta en el escenario a fines del año 1923. Leído este libro, ofrece literariamente, a pesar de lo excepcional del asunto que allí se plantea, todas las cualidades que el escritor nos ha revelado en su producción ya juzgada. Pero, supuesto que las obras escritas para el teatro necesitan para ser valoradas como tales la reacción emotiva de un público que asista a su representación escénica, debemos abstenernos de juzgar ese *Pecado blanco*, del cual creemos, sin embargo, poder decir que, persiguiendo a no dudarlo un fin moral, empieza por alarmarnos con su título insólito.

Piezas de la mayor importancia en la producción del señor Cavestany son sus dos novelas *Contramarcha* y *Clania*, obras que merecerían ser objeto de un estudio a fondo que no cabe en este lugar.

*Contramarcha*, después de plantear una situación análoga a la de una célebre novela castellana, tiende a solucionarla muy diversamente, mediante la aplicación del principio de que la reparación moral y material de todo mal causado es el verdadero y único camino para eximirse de la culpa. Hábilmente desarrollada, la novela de Cavestany mantiene desde el principio hasta el fin el interés del lector, quien se ve conducido a un desenlace bastante inesperado, sin dejar de ser teóricamente lógico y razonable.

*Clania*, la segunda y muy reciente novela de nuestro autor, abunda en las mismas cualidades que hemos reconocido a la primera. Se plantea en ella un conflicto pasional entre el afecto, llevado hasta el egoísmo, de un padre hacia su hija, y la inclinación sentimental de la muchacha por un joven músico polaco, habilísimo pianista y compositor, pero de quien se siente alejada por la diferencia de religión. Conducido el proceso pasional muy hábilmente a través de múltiples episodios, llégase a un final altamente patético. El estilo, ingenioso y muy trabajado, sentencioso a las veces y siempre ameno, compensa con creces la lentitud de algunos episodios. Libros recomendables por todos conceptos y de una moralidad intachable son estas dos novelas del señor Cavestany.

Tal es, analizada muy rápidamente, la labor literaria con que viene a nosotros don Pablo Cavestany. Su discurso de entrada, cuya lectura acabamos todos de oír, por su considerable desarrollo y la profundidad de su doctrina acrece en gran manera el valor de la obra del nuevo académico. *Maragall* y su *Canto espiritual* han sido objeto en ese discurso de un análisis que permite seguir en su alto vuelo al poeta barcelonés y apreciar la belleza y trascendencia de su principal creación. Juan Maragall, cristiano militante, ciudadano modelo, prócer ejemplarísimo en todos sus aspectos, al situarse ante Dios, que ha de juzgarle, cree poder contar con su gran misericordia para alcanzar su perdón: poseedor ya de la gracia a juicio de sí mismo, en virtud de una vida sin tacha en que se ha sentido fuertemente protegido por su fe en Cristo, acude a Éste confiado y seguro.

¡Cuán opuesto nos aparece el verbo maragalliano, optimista y tranquilo (aun dentro de los problemas trascendentales que la visión del *Más allá* le ofrece), a la inquietante obsesión de que se nutre la obra de Ausias March, el pecador irredento, que sufre y llora la impotencia en que se siente para asegurarse de su salvación! La comparación y cotejo temático de los dos *Cantos espirituales* que debemos a nuestros dos poetas excelsos, habrá de ser para nosotros de resultados fecundos y confortantes. El señor Cavestany, en su elocuente oración, nos ha procurado una pauta valiosísima para insistir en ese orden de ejercicios espirituales. La dureza y crueldad de los tiempos en que se desarrolla nuestra vida de hoy nos hace apetecer la amplitud y serenidad de otros horizontes.

Señores Académicos: Considero cumplido el encargo con que me honrasteis de dar en nombre de todos la bienvenida a don Pablo Cavestany, nuestro nuevo compañero a partir de hoy. A él me dirijo, pues, felicitándole con motivo de la presente solemnidad con que avalora su ya brillante carrera literaria. Cabe esperar que su convivencia en nuestro medio académico se traduzca en vigoroso estímulo para su producción futura.